

**RICARDO
CLARK**

EXTRAÑO CONCURSO EN EL CHOP

Primera parte: Un anuncio misterioso. Me fallan por primera vez en mi vida las credenciales. Mac Laren a punto de morir. Abofeteo a la Kitty. Falla todo intento de penetrar al misterioso edificio. Son cinco mil del ala.

Estoy seguro que el anuncio salía todos los días en *Excelsior* porque tenían la idea de hacer una película y necesitan algún argumento muy especial, tenaz, a pedido, con garra, capaz de hacer estremecer a un estadio, y a pesar de que la cosa tenía poco sentido en sí, al ver con letra chiquita que se trataba de premiar el cuento sobre el edificio del Chopo con cinco mil del ala, los ojos casi se me saltan de las órbitas, y me da un síncope.

Debo decir que mi profesión no es la de escritor, por eso no tenía mucha importancia en este caso, ya que se trataba de conseguir esa lana y basta, así que de inmediato llamé al edificio del Chopo.

Esta es la grabación de la conversación que sostuve:

—Buenas tardes, señorita, habla el señor Fernández (nombre falso) quisiera saber quién me podría dar información sobre el concurso de cuento del Edificio del Chopo.

—Lo siento, señor, no podemos dar ninguna información. Está prohibido.

—¿Y no podría usted?...

—Chas... (colgaron)

Volví a insistir sin muchos ánimos.

—Halo, ¿Museo del Chopo?

—No señor, ya no es más museo, ahora es un centro cultural.

—Bien, señorita, llamaba de alfombras Zacate, para preguntar por nuestro operario que desea intervenir en el concurso del Chopo, ya que su mamá está muy enferma, él tiene doce hijos que mantener y necesita ganar ese concurso. Nosotros, la directiva de esta caritativa institución...

—¿Caritativa institución? ¿no me está diciendo que es una fábrica de alfombras?

—Perdone (le dije sollozando) habla la tía desesperada del empleado de la fábrica de alfombras Zacate, quisiera por favor que ayudaran a mi sobrino que tiene quince hijos, su madre enferma y su padre en la cárcel...

—Chas... (colgaron)

A pesar de que falló el intento de conseguir información extra para tratar de saber qué había de cierto en este extraño asunto, por lo menos sí averigüé una cosa. Los que dirigen ese edificio son unos desalmados. Con todo es necesario tener en cuenta que uno no es mercenario de la cultura, que es incapaz de escribir nada más que por dinero (en este caso cinco mil dineros). Dejemos entonces de lado las consideraciones económicas, y en la seguridad de que algo más siniestro se estaba incubando en el Museo del Chopo, decidí ir al bendito edificio, que estaba ahí, con sus dos cúpulas de metal, estructura forrada de ladrillos agrediendo a todo lo que lo rodeaba, con la risa del arquitecto que lo montó, que se está escuchando todavía desde su ignota tumba, porque en realidad la estructura no tiene nada que ver con todos los edificios que la rodean. Eso sí, ya no queda nada del aire lúgubre de meses atrás, ahora está pintadito de gris, con jardines bien cuidados y con un radio a todo volumen que se escucha desde la reja principal.

Golpeé tímidamente, pero este mundo no es de los tímidos.

Después grité con suavidad hasta que el uniforme azul se asomó, sin saber el pobre inocente, que era yo precisamente el que venía por el botín.

Observé su sonrisa y tentado estuve de sacar la pistola y hacerlo pasar al otro mundo, aliviándolo de la seguridad burocrática que emana de todo ser, pero me contuve. Por las buenas traté de obtener resultados. Saqué varias credenciales, para que me dejara pasar, pero nones, el imbécil quería un permiso de la rectoría, que yo ni remotamente conseguiría. Me indicó el tipo que tendría que escribir el cuento desde afuera. Esperé que fuera de noche y di vuelta a la manzana sin ser visto.

Mac Laren no podía estar por ahí porque no lee periódicos. Tampoco el Pitoyas, así que estaba seguro por el momento.

Me escondí detrás de un camión y miré largamente la calle, comprobando que efectivamente nadie me seguía.

De un salto me trepé a la moto, que aullando me sacó del tétrico lugar.

Si contaba a alguien lo ocurrido no me iba a creer, así que lo mejor era calmarse y comenzar todo de nuevo.

A la mañana siguiente tomé las previsiones necesarias para que al abrir la puerta el idiota sólo tuviera dos opciones; dejarme pasar o morir.

Mis pasos resonaron en la calle del Chopo. Cuando estuve seguro que era de día, que el sol no escondía sombras, comencé a caminar por el centro de la calle.

Tenía la absoluta certeza de que el cobarde no aparecería. Pero me equivocaba. Ahí, con la sonrisa cínica, el cigarro colgando de los labios, la cara sucia y barbuda, estaba el maldito de toda la vida, mi archienemigo jurado: Jonny Mac Laren.

Uno puede imaginarse que esto tenía que ocurrir tarde o temprano.

La ambición de Mac Laren no tiene límites, y esto no debería ser nada nuevo para mí porque había observado y sospechado algo cuando el año pasado se alzó con el premio al mejor bardo de la Feria de Cuautitlán. Sus tropelías en todos los juegos florales del país son leyenda. Mac Laren: el hombre con más contactos que nadie en las páginas culturales de la capital Azteca. El supremo escritor de la San Rafael. El tipo que siempre tenía listo un libro para publicar y un crítico amigo para llevarle acarreados que lo vitorearan en las reuniones literarias que organizaban sus compinches en los centros culturales proletarios. Mac Laren, el terror de los editores, la pluma más rápida del Oeste literario mexicano. Pensé con amargura que ahora él también estaba detrás de las rupias del concurso, y con desesperación imaginé el enorme poder que le daría toda esa lana, y juré solemnemente acabar con el deleznable sujeto.

Me miró como si tuviera todo el tiempo del mundo, arqueó los brazos y caminé hacia el centro de la calle.

Juntó las cejas, tenía las manos caídas cerca de la pistola. Tiró el cigarro, pero conmigo no se iba a poder; había visto todas sus películas.

Trató de traspasarme con su mirada hipnótica, otro truco favorito suyo, y comenzó a bajar lentamente sus manos, tratando, digo solamente intentando rozar las cachas cuando ya el cañón de mi cuarenta y cinco le apuntaba al corazón.

El cobarde comenzó a gritar: "¡No. zurdo. por favor! ¡No

Para celebrar la restauración del local del antiguo Museo Nacional de Historia Natural y su inauguración como recinto universitario dedicado a la presentación de exposiciones, conciertos, proyecciones cinematográficas y otras actividades, la Dirección General de Difusión Cultural convocó, en 1975, a un concurso de cuento con el tema el Museo del Chopo. Dada la calidad de las narraciones concursantes, se decidió publicar un libro conmemorativo que incluya la mayoría de dichos relatos. Aquí adelantamos tres de los escritos premiados.

tires, te lo pido por la santa virgencita de Guadalupe!" Enfundé sin mirarlo.

Para las doce del día ya estaría en las ocho columnas de la capital Azteca el suceso. No valía la pena despeñarlo porque su acto de cobardía haría de él un paria literario. Ya tenía un competidor menos. Arranqué la moto, sabiendo, sin embargo, que el asunto del Chopo aún no estaba terminado. Y no estaba tampoco ahí la solución del enigma. ¿Habría mandado Valadés a Mac Laren? El asunto se arreglaría en cuanto yo pisara el piso diez de la Torre Universitaria.

Por lo pronto reflexioné que había tres implicados en el hecho. Valadés, el que fue a *Excelsior* a poner el anuncio del Concurso del Cuento, y el tesorero que tenía que pagar los cinco mil del ala.

En el *Sanborn's* de la decadente Zona Rosa me senté en una esquina contra la pared sospechando que en cualquier momento me podían liquidar por la espalda, truco favorito del Pitoyas, secuaz de Mac Laren.

Dormí mal esa noche. Soñé que se acababa el sexenio. A la mañana siguiente me vestí correctamente y me fui por Valadés.

En Difusión Universitaria me dijeron cínicamente que ignoraban quién había tenido la idea del cuento, pero que de un momento a otro llegaría quien me pudiera informar. Me senté con discreción mientras miraba los volcanes desde el décimo piso de la Torre Universitaria. Palpé el cuchillo porque no pensaba hacer ruido si la bronca estallaba, aunque, claro, habiendo tantos cristales cuando empezara la maroma, seguro que se iban a romper, por una sencilla ley de física, me supongo.

Era el mediodía y el tipo no llegaba. Para esto la secretaria ya me había dado como diez cafés y una somnolencia comenzaba a apoderarse de mí.

Comienzo a sospechar una verdad que no tenía remedio: me habían drogado aprovechando un descuido.

Me fui al *Sanborn's* y pedí unas enchiladas con café mientras me serenaba.

Por suerte, del bar salió la Kitty, como siempre, el sweater le quedaba chico, o lo que tenía dentro era demasiado grande.

Se sentó conmigo sin hacer preguntas. De pronto, se echó a llorar a grito pelado diciendo: ¡Por favor, mi amor, deja el asunto del cuento del Chopo que a nada bueno te conducirá! ¡Tú eres un gran escritor sin necesidad de buscar esos cinco mil del ala!

La miré tiernamente con ojos de hielo. Me paré y le di un tremendo bofetón: ¡¡¡PASSSSS!!!

Miré a los presentes y me largué. Después me contaron que tuvo que pagar las enchiladas.

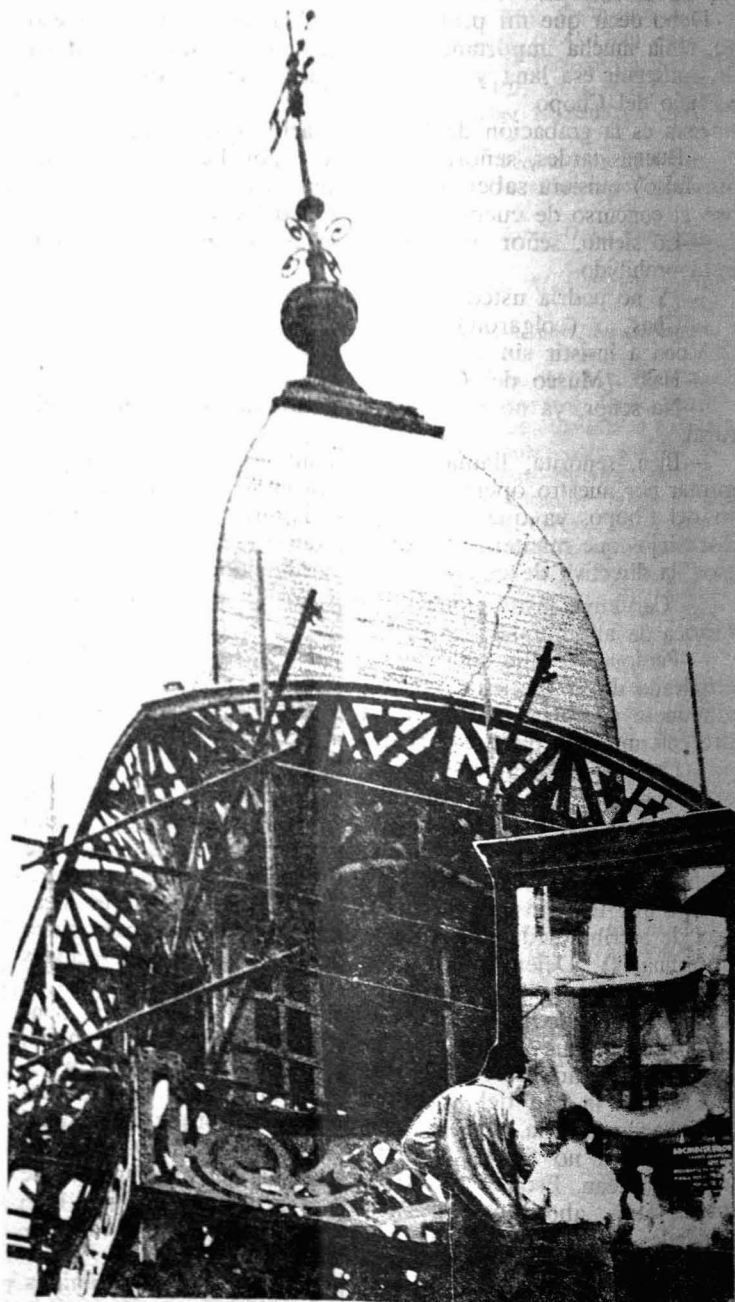
Más preocupado que nunca, con la cruda de cafés royendo el alma, con el remordimiento de haber dejado vivo a Mac Laren, que está seguramente de vuelta como perro rabioso sobre mi pista, intenté un nuevo ataque al edificio del Chopo.

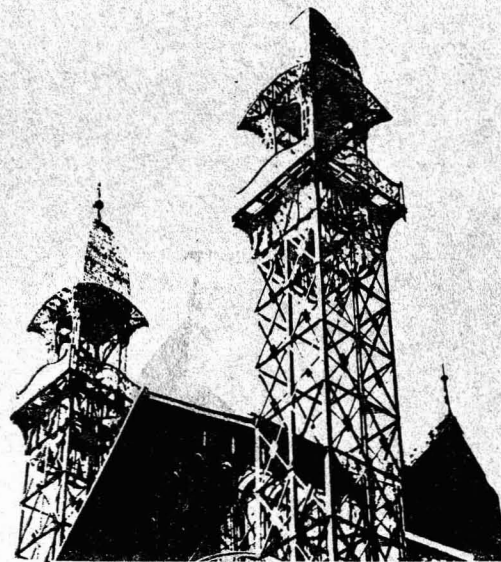
En un café de la esquina releí las bases del concurso, redactado con la mano aviesa de quien esperaba sacarme de juego, ya que las bases por lo pronto favorecían en todo a Mac Laren, quien trataría de asentar el golpe final, cosa que nunca iba a poder ser mientras yo estuviera vivo.

Traté de ser analítico como Poirot. Vamos: Fuentes no puede ser porque está en París. Cortuti tampoco porque ahora se dedica a escribir cómicas en sus ratos libres.

Cargué la pistola. Esta vez no tendría escrúpulos. No importa cuántos queden por el camino. Las balas recién aceitadas entraron en el cargador sin hacer ruido. Comencé a esperar. No estuve ahí mucho tiempo, el de azul, que me había negado la entrada, llegaba silbando alegremente, lástima que la alegría le duró poco tiempo. Se disponía a abrir la puerta, digo se disponía porque no pudo dar un paso más, congelado cuando le apoyé la *Beretta* en su cabeza grasosa y le dije simple y natural: "¡Un paso y lo quemó! ¡Abra la puerta!"

Se le cayeron los huevos del susto. Todos. Doce que su mujer le había mandado a comprar al maricón. La acera se man-





chó de amarillo. De un empujón hice entrar a la bestezuela en el vestíbulo del edificio.

Usándolo como escudo di un paso, pero eso fue todo. Una lluvia de balazos nos recibió, y dejando que el idiota se las arreglara como pudiera, salté sobre la verja del jardín y me escondí detrás de la moto respondiendo el fuego. Un balazo dio en el tanque de gasolina y el aparato se incendió, mientras yo con la ropa chamuscada, la moral por el suelo y bajo una lluvia de balazos trataba de escapar arrastrándome entre los coches. La defensa del edificio estaba dura, señores, y además era evidente la mano de quienes tan bien conozco, detrás de todo esto.

(Fin de la primera parte)

Segunda parte. Falla un intento de entrar con la sinfónica. Aparece Porfirio. The point of no return. Un mal día para el Zurdo. Mac Laren otra vez. Desaparece la Kitty. Cortuti en acción.

A pesar de toda mi buena voluntad para evitar la violencia no pude contener un juramento y un poco molesto por la balacera en el barrio de El Chopo, que es en plena capital mexicana, donde está instalado el Ex Museo, objeto de un concurso de cuento y de mis desvelos literarios.

(Que me perdone Alfonso Reyes, pero debe leerse aquí concretamente: cinco mil del ala y lamento portarme como un mercenario de la cultura, pero la lana es la lana y si no que lo diga cualquier borrego, con la cultura, hasta la muerte o a cualquier banco cercano donde cambiar el cheque.)

Digo, entonces, retomando el hilo que... un poco molesto por la balacera me replegué hacia la cercana estación del ferrocarril de Buenavista, donde entré en el bar con el decidido propósito de emborracharme o simplemente buscar bronca con el que fuera.

Así las cosas, al tercer tequila apareció un señor oaxaqueño que dijo llamarse Porfirio Díaz, cosa que no le creí.

Me pidió por supuesto que guardara el secreto de su identidad, porque parece ser que lo anda buscando un tal Madero con el cual tiene cuentas pendientes.

Lo invité a un trago y me dijo que sabía por sus agentes de mis afanes y desvelos por ganar el concurso de cuento del Chopo, y encaramarme así al plano literario internacional, cuando la UPI, AP, y CIA se enterara de quién era yo. Prosiguió Porfirio (ya nos tuteábamos) afirmando que como estaba desocupado se ofrecía como agente mío de Relaciones Públicas para que lográramos la entrada al bendito edificio, y pudiera yo de una vez por todas escribir el cuento que iba a cambiar mi vida.

Acepté de inmediato y con un gran apretón de manos salimos con este señor hacia el aeropuerto de Balbuena Springs donde con un curioso y nuevo aparato dijo que era posible intentar la hazaña de penetrar en la fortaleza chopiana.

Luego de identificarme en la base militar de Balbuena, nos encontramos con un extraño personaje, de ojos oblicuos que daría un giro extraño y definitivo a las cosas.

Al verlo sentí escalofrío, pero ya había entrado en el tercer tercio la hora de matar, *The point of no return*.

Fingí indiferencia mirando extrañado a Porfirio, mientras se instalaba el oriental dentro del gigantesco globo, inflado por el señor Cantoya, soplando de un popote a todo lo que daban sus pulmones para enviar aire caliente al artefacto.

Todo listo, aunque en ese momento Cantoya estaba de lo más palido, subimos al aparato que se encontraba con las cuerdas a punto de reventar.

Me encomendé a todos los santos y miré cómo el suelo iba desapareciendo bajo nuestros pies.

En realidad el japonés me tenía nervioso, pero mi agente de relaciones me calmó, afirmando que era el embajador del país del Sol Naciente. Por el momento todo era para el de ojos oblicuos como un paseo por Chapultepec y no un viaje que podía tener trágicas consecuencias. Debo confesar que pese a todas mis dudas el curioso artefacto, al mando del señor Cantoya nos llevó perfectamente al patio central del Museo del Chopo.

Ante mi asombro una abigarrada multitud estaba esperándonos. Poco antes de llegar Porfirio me explicó el plan: pasaría yo como miembro de la Sinfónica Nacional en la modalidad de trombón.

La multitud como digo nos felicitaba y apenas pude zafarme de ella.

En realidad la mayoría había ido ahí para ver a Don Porfirio, quien de repente se reveló como una persona importante por el número de abrazos que recibía.

Me integré de inmediato a la orquesta que estaba en el patio de las afueras tocando La Adelita, Volver, Noches Tapatías, El Día que me quieras, La Marsellesa, La Quinta Sinfonía, etc.

Seguro de que de una vez por todas entraría en el edificio para poder así cumplir mi cometido y develar el misterio del Museo del Chopo, me froté las manos de contento y ataqué duro con el trombón del que soy un eximio ejecutante.

Terminábamos de tocar la Marcha Triunfal de Garibaldi, cuando se presentó la oportunidad de dar un salto y meterme en el edificio del Chopo.

Pero estaba visto que no era mi día de suerte. En la puerta y del brazo de Mac Laren estaba la Kitty. Mientras la sangre me inundaba la cara comprendí todo de un golpe.

Una furia indescriptible hizo presa de mí. Al grito de ¡Haaaa! me le fui encima dispuesto a matarlo a golpes de karate.

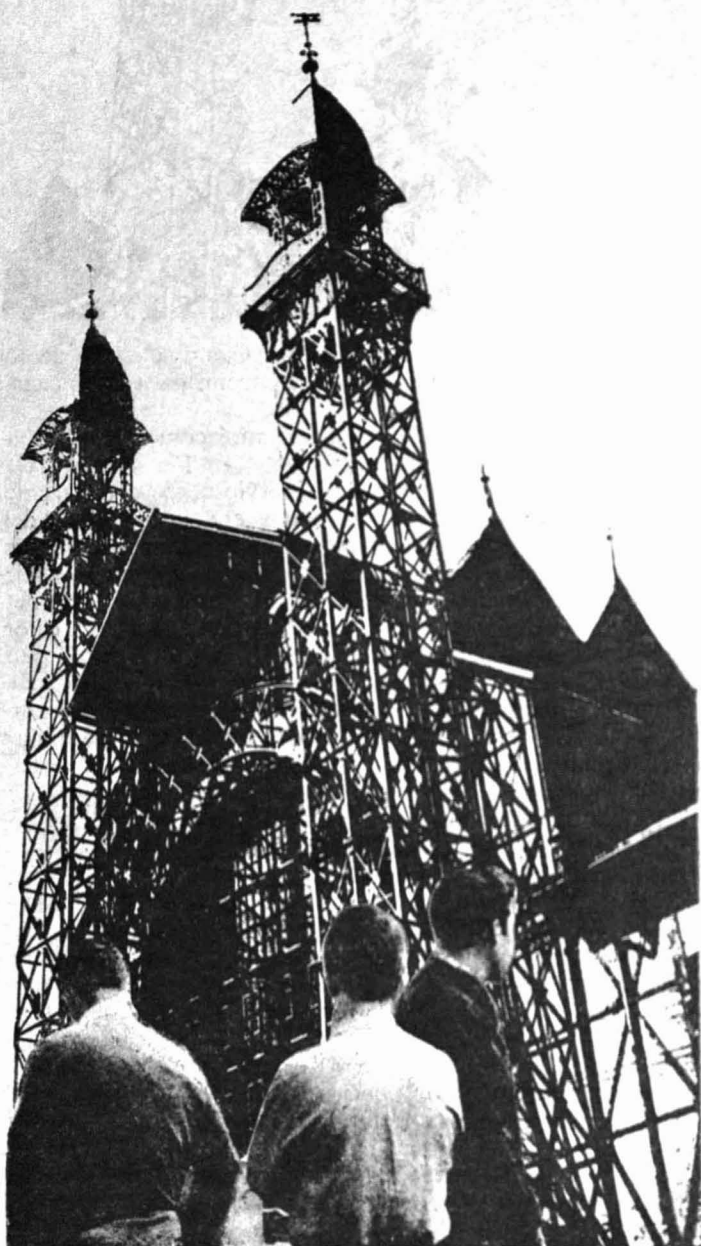
Debo reconocer sin embargo que Mac Laren es más hábil de lo que se puede pensar: tomando a la Kitty se escudó con ella, de manera que el primer bofetón lo recibió la pobre chamaca, y la segunda patada que le tiré a Mac Laren quedó en el aire porque aprovechó la finta para perderse en el edificio.

Como algún gracioso había apagado la luz, al tanteo busqué guiarme cuando no hubo ya necesidad de más iluminación: un haz multicolor se hizo dentro de mi cabeza, volé hasta caer en la más completa oscuridad.

Al despertar estaba en la sala de entrada, fuertemente amarrado con cadenas, y con el oriental enfrente, con cara de torturador.

En definitiva que había triunfado Mac Laren. Unos minutos más y mi cuerpo sería pasto de los buitres en alguno de los potreros de la parte de atrás del Chopo, y aunque no perdía las esperanzas confesé que me quedaban muy pocas en la desesperada situación que me encontraba.

Don Porfirio ni rastros, pero lo que más me indignó fue la actitud de la Kitty, quien es evidente que fue todo el tiempo un agente de Mac Laren, quien trató y parece que lo ha conseguido que mis originales no llegaran al concurso del Cuento



del Chopo, Mac Laren a su vez estaba pagado por la UNAM, y en cuanto al tal Valadés, pieza suelta de esta historia, su papel aún no estaba claro, pero dejé mis meditaciones para mejor momento, porque sentí pasos y como presentí mi fin cercano maldije otra vez mi crónica mala suerte.

Miré a la Kitty con asco. Mac Laren ni siquiera saludó, directamente me dió una trompada en la boca del estómago.

Después los tres se sentaron frente a mí, y me preguntaron si quería morir lento o rápido. Contesté que daba igual.

Sin embargo Mac Laren tenía un trato especial que hacer conmigo: me daba la libertad a cambio de los originales de mi cuento para el concurso. Le escupí un ojo.

Otro trompazo esta vez en la cara. —Bien, bien dijo: “Si no es por las buenas, será por las malas, veremos qué tan machito eres cuando entre en funciones el torturador oriental...”

Efectivamente. El japonés ya estaba trabajando con su maquinaria infernal y yo sólo pedía un piadoso desmayo que me hiciera pasar sin mucho sufrimiento al otro mundo. De maleta Ojos Oblicuos sacó una revista y con todo sadismo me la puso delante de los ojos. El último ejemplar de *Alarma* enloqueció mis ojos, y entonces volvieron a repetir la pregunta: “¿Dónde están sus originales del concurso de cuento del Chopo?” Ante un terror indescriptible que recorría todo mi ser, el japonés dio vuelta a la página dos de la revista *Alarma*, y eso fue más de lo que pude resistir, cayendo en el desmayo más

profundo. Pero duró poco la cosa, un baldazo de agua fría me sacó de las tinieblas, preguntándome por qué todavía no había yo muerto.

Pero mi última hora no había llegado.

Un estruendo espantoso hizo pedazos los vidrios de la ventana y entró de un salto, con su capa roja, guantes blancos y máscara azul nada más y nadie menos que Cortuti, el as latinoamericano de las editoriales, el hombre que estaba por ocupar un sillón en la academia francesa por sus increíbles novelas, el sensacional capaz de todo por América Latina, inclusive el dejar de vivir en ella para ir a sacrificarse a París ignorando el subdesarrollo francés.

Lamentablemente la confusión que se produjo fue aprovechada por Mac Laren que huyó hacia el interior del tétrico edificio.

Cortuti me dijo: “¿Asustado, muchacho?”, y me desató las cadenas. Sin responder, pegué un salto y salí en persecución de Mac Laren quien esta vez no escaparía.

En tanto Cortuti se hizo cargo de la Kitty llevándosela también para lo oscuro a efectos de hacerla confesar. No soy partidario de torturar a las mujeres así, pero la verdad es que la Kitty, debía bastante.

Avancé a tropezones en la oscuridad. La Barreta me quemaba las manos, y me proponía vaciar su cargador en la cabeza de Mac Laren.

De pronto escuché unos pasos, unas carreras hacia la puerta principal. Salgo a la calle y comencé a disparar al auto rojo en que Mac Laren y el oriental escapaban.

Sobrevino un intenso tiroteo, pero todo fue inútil. Mac Laren huyó una vez más, pero al menos yo había podido penetrar en el famoso edificio, sede del ex Museo del Chopo, y me senté a escribir el cuento.

Epílogo

Debo decir que no todo salió a pedir de boca. Como lo sospechaba el concurso del Chopo lo gané yo, así que con todo el dinero me dirigí al banco fuertemente custodiado por cinco policías.

Cortuti, que trabajó intensamente toda la noche para hacer confesar a la Kitty, desapareció después de su atinada intervención. De la Kitty ni rastros y espero que a Cortuti no se le haya pasado la mano con ella.

En cuanto a Mac Laren es otra historia. Lo encontré seis semanas después pidiendo limosna en San Juan de Letrán no tuve más remedio que perdonarlo y ahora es mi socio en la cadena de taquerías que puse con el fabuloso premio del concurso. Debo decir que esta actividad deja más que cualquier trabajo literario. En fin, que después de haber dejado las letras me he convertido en un honrado pequeño comerciante, borrando la mala impresión de que es sólo un escritor que vivía de sus libros.

Así que desde que me alcé con el botín de el Chopo no he vuelto a escribir, salvo para un concurso de radionovela, lo que no es mala idea y que comienza así: “En las noches de luna brillante, cuando la brisa del trópico besa las tibias palmeras, y se escucha un lamento borinquen Laura la hija de Lucas, el señor de todo cuanto la vista abarca, tuvo un trágico presentimiento...” [música y pasa un comercial de jabón].